

mo bien? ¿Cómo podría espirar en aquellos dichosos instantes, si transformado su corazón en su amado Jesús, alma de su cuerpo, y principio vital de todos sus movimientos, gozaba terreno comprensor los privilegios del Empíreo?

No es arrojado temerario de mi pensamiento, no: Benito ciertamente disfrutaba en aquellos momentos sobre la tierra toda la felicidad de una alma, bienaventurada, y la verdad de mi proposición se deduce por un recto raciocinio de los dotes que resultaban en su cuerpo, como resultan en los cuerpos gloriosos de los Santos por la comunicación de sus almas eternamente bienaventuradas. ¿Qué otra cosa era aquel extraordinario resplandor que despedía de sus ojos y de todo su rostro mientras oraba, que un rasgo de gloria anticipada que despedía su alma, y que trascendía y se insinuaba visiblemente en su cuerpo? ¿Qué otra cosa eran aquellas luces que bañaban todo su cuerpo, quando retirándose de la sagrada mesa del altar, se veía en la precisión de cubrirse con un velo como Moisés, para ocultar aquella gloria exterior de los ojos de los hombres, atento solo á gozar la gloria que el Salvador baxo el velo de los accidentes Eucarísticos no quería ocultar á los ojos de su fé? ¿Qué otra cosa era aquel calor sensible que percibían en su exterior los que se llegaban á él, si no ciertas emanaciones sobrenaturales, y vapores exteriores de aquel amor beatífico que ardía en su enamorado corazón? ¿Qué otra cosa era aquella agilidad que poseía su cuerpo, y con que se elevaba visiblemente en el ayre, siguiendo ciudadano de los Angeles, y cortesano celestial los atractivos de un amor á nosotros incógnito, pero para él muy familiar y comun? ¿Qué otra cosa era el dexarse ver á un mismo tiempo entrando y saliendo de los templos con las puertas cerradas, hacien-

do su misma casa este nuevo planeta de santidad la misma casa de Dios? Por último, ¿qué otra cosa era el pasar las noches enteras en conversacion familiar con los espíritus bienaventurados; pero en especial con su seráfico Patriarca, como hijo legítimo de tal Padre, y poco menos que conciudadano de la misma patria?

Ciertamente, Señores, examinando con atención las maravillosas circunstancias de este varón extático, jamás será temeridad el persuadirnos, que antes de tiempo gustaba en la tierra los frutos celestiales de la bienaventuranza. Y á la verdad, yo leo en los historiadores de su portentosa vida muchos ramos admirables, que no son otra cosa que preciosos gages y reliquias de la fruición beatífica: yo hallo que Benito sin haber matriculado su nombre en las universidades de Europa: sin haber cursado las aulas como el Taumaturgo de Neocesarea baxo la disciplina de Orígenes, ni como un Atanasio baxo el magisterio de San Alexandro: sin haber frecuentado las academias, discurre sobre los puntos más delicados de la Teología con tanta penetración, que los hombres más famosos de su siglo al oírle, repetían admirados lo mismo que los Doctores de la antigua ley decían, hablando del Salvador del mundo: *Quomodo hic litteras scit cum non didicerit?* El renueva en sí todos los conocimientos de los antiguos Profetas: penetra como Samuel lo más interior de las conciencias, y registra los secretos de los corazones: él uniendo las diferencias de los tiempos, predice como Isaías los sucesos futuros, y como si tuviera presentes todos los lugares, declara todo lo que pasa en todas partes.

El revela á unos, como Ezequiel, el funesto decreto de su muerte, y á otros anuncia sucesos prósperos y favorables: él semejante al Cordero del Apo-

calipsi abre los siete sellos del libro misterioso, esto es, conoce los pensamientos, las ideas, y los designios mas escondidos del hombre, aquellos que segun San Pablo, solo puede conocer el espíritu que en él habita: él al fin descubre en sus prodigiosos raptos los misterios mas altos, y las verdades mas impenetrables: unas veces la Trinidad de las adorables Personas, otras la unidad de la esencia Divina, otras la inmensidad de su sér, ya la plenitud de su poder, ya la generacion eterna del Verbo en el seno del Padre, ya las maravillas de su encarnacion temporal. ¿No es esto haber poseido todos los dotes propios de una alma bienaventurada? O mas bien diré: ¿no es ésto haber sido un comprehensor mortal sobre la tierra? A no ser que vosotros querais añadir que Dios colmando á Benito de tantos dones, le quiso hacer grande á los ojos del cielo y de los Angeles en el gozar, así como se empeñó en hacerle grande á los ojos de los hombres y de toda la tierra en beneficiar, que fué lo último que prometí demostraros: *Dominus suscitatur de pulvere egenum... ut sedeat cum Principibus et solium gloriae teneat*; y estoy en la tercera parte.

PROPOSICION III.

Benito fué entre las escasezes de la pobreza un rico dispensador de los tesoros del cielo.

Aunque Dios, segun la doctrina del Apóstol, dispensa los bienes espirituales, y las gracias á medida de los varios empleos á que destina á sus siervos: comunicando á unos el don de la sabiduría, á otros el fervor de la caridad, á unos la virtud de la palabra, á otros el espíritu de la fé, á aquellos la gracia de los milagros, á estos la gloria de la

profecía, y á no pocos la penetracion de las divinas disposiciones y misterios; pero en el glorioso Benito, y en solo Benito, parece que reunió la Providencia divina todo este ilustre cúmulo de dones, gracias y privilegios: se propone este gran Señor exaltar desde el polvo, el propio abatimiento de este su querido siervo, y lo constituye de un modo maravilloso á un mismo tiempo Apóstol, Profeta, árbitro de la naturaleza, depositario universal de las divinas gracias, un santo obrador de maravillas: *Dominus suscitatur de pulvere egenum... ut solium gloriae teneat*. Pero el humilde Benito entre tantos dones sobrenaturales, siempre zeloso de la santa pobreza, parece que solo recibe las gracias celestiales para volverlas á dar, pudiéndose con verdad decir, que su liberalidad vuelve á dar quanto recibe, ó que no recibe para otro fin, sino para repartir mercedes segun las necesidades de los pobres: semejante al cielo que no recibe en su atmósfera los vapores del mar y de los rios, sino para repartirlos transformados en copiosas lluvias, ó quajados en nieves y escarchas para remediar las públicas indigencias de toda la tierra: así el incomparable Benito no deposita en su seno los bienes celestiales de que le colma el Padre de las luces, sino para manifestarlos por los maravillosos efectos de su beneficencia; ya en provecho de todo el universo por medio de sus fervorosas oraciones, ya abriendo el erario de sus dones y poder milagroso para socorrer las agenas miserias, mereciendo por esta razon las públicas voces de gratitud con que los pueblos de Sicilia, y las regiones del Aquilon y del Austro le aclamaron, y le aclamarán el consolador de los afligidos, el amor de la cristiandad, el padre de los pobres, el recoleto maravilloso, el liberal, el benéfico, el milagroso: *Dominus suscitatur de*

pulvere egenum... ut solium gloriæ teneat.

Consideremos á este Taumaturgo como un Apóstol benéfico, poseido de los mas vivos y ardientes deseos de beneficiar á todo el universo. ¡O si me permitiese el cielo penetrar lo mas secreto y oculto de su fervoroso recogimiento, y registrar en su enamorado corazon la carta geográfica, ó mejor diré, el abreviado mapa de las quatro partes del mundo, á cuyos inmensos espacios se conduce continuamente con la imaginacion, no para esparcir en ellos el terror y el espanto con el estruendo de las armas como aquellos conquistadores sanguinarios los Anibales, Escipiones, Pompeyos, Pirros, Alexandros y Césares, sino para volar á ellos en alas de su zelo y de su ferviente caridad! Entonces sí que podria haceros ver sus heroycas peticiones, y su asombrosa beneficencia dilatada por toda la redondez del Orbe: os diria que postrado ante el trono de la augusta Trinidad dirigia á los divinos estrados sus ardientes súplicas, que derramándose como los quatro rios del Paraiso sobre la faz del universo, servian de fomento al fervor de sus próximos, y de luz y gracia para la conversion de los enemigos de la fé.

A mí se me figura que veo al extático Benito conducirse en espíritu todas las noches por las quatro partes del mundo, y extender los santos proyectos de su zelo hasta los mas remotos confines de las Indias Orientales y Occidentales: no hay parte del universo donde los incendios de su caridad no se propaguen en alas de sus fervorosas oraciones, á manera de un fuego voraz que consume en pocos instantes las inmensas selvas de un dilatado bosque: no hay lugar, por remoto que sea, donde no lleguen los impetus de su zelo apostólico impelidos de las encendidas súplicas que dirigia al Padre de las

luces. Vosotros, sagrados templos de Palermo, lo experimentasteis muchas veces quando le admirabais postrado al pie de vuestros altares, exhalando al Dios de las misericordias sus humildes suspiros, que agregados á los sudores de los operarios evangélicos de su Orden, ayudaban á suavizar el corazon de los pecadores mas obstinados en los vastos Reynos de la Europa. Iglesia de Santa María de Jesus, tú fuiste testigo de las copiosas lágrimas con que regaba ese pavimento, y que subiendo en purísimos vapores hasta el alcazar del Dios Eterno, baxaban las abundantes influencias del Espíritu Santo para purificar con las aguas del Bautismo innumerables idólatras del Asia, Africa y América: vosotros tambien lo experimentasteis, misioneros zelosos, ocupados en restituir al gremio de la católica Iglesia los cismáticos de la Moscovia y de la Persia: vosotros que trabajasteis en la Grecia y en las Islas del Archipiélago, tuvisteis el honor de haber hecho trofeos de vuestro zelo por las oraciones de Benito millares de almas unidas al catolicismo para gloria del crucificado y de la fé.

Se puede decir, señores, sin hipérbole, que Benito semejante á Moysés, levantando su corazon y sus manos sobre los mas elevados montes de Sicilia, se apropió con sus oraciones las victorias de sus hermanos soldados de la Cruz, y capitanes del Evangelio, que nada inferiores al General Josué, combatieron y triunfaron en los valles, en las ciudades, en los reynos y en los imperios: ó si á vosotros os agrada, podemos aplicarle lo mismo que sucedia en aquel misterioso carro que vió el Profeta Ezequiel en la Caldea, el qual, aunque conducido por la fuerza y valor del Leon, por la razon y prudencia del hombre, por las fatigas y sudores del buey, volando no obstante todos sostenidos del águila

la; cada progreso era un triunfo, y cada triunfo una corona de honor á las poderosas alas de aquella ave real; así tambien las conquistas de los Religiosos Franciscanos, obtenidas con tantos aumentos de la fé en las quatro partes del mundo, eran padrones de gloria, y recompensas concedidas del cielo á las fervorosas oraciones de un pobre Lego, de un simple Mendicante, á quien Dios habia elevado desde el polvo hasta el solio de su gloria para beneficio comun del universo: *Dominus suscitavit de pulvere egenum.... ut solium gloriæ teneat.*

¿Y podré yo todavía añadir alguna cosa á lo dicho? Si católicos. Diré que no se agotaron sus manos bienhechoras con tanto zelo. ¿Quién tuviera el rápido vuelo de un Serafin de aquellos que siempre asisten ante el trono del Altísimo para seguir los pasos benéficos que arrebatában á Benito á los hospitales de los agonizantes, y á las casas de los necesitados, de los enfermos, de los febricitantes y desahuciados! Allí es donde los consuela con su amable presencia, los excita al dolor de sus pecados con discursos llenos de unción, y despues de reconciliarlos con su Dios, les da instantaneamente una perfecta salud: unas veces semejante á su soberano Maestro que resucitó en Nain al hijo de la viuda, restituye vivos á sus padres dos niños, el uno despedazado con la violenta caída de un coche, y el otro, despues de muchas horas que habia espirado en presencia de innumerable pueblo que habia concurrido á sepultarlos; otras veces, renovando aquel portentoso obró San Pedro en el pórtico del templo de Jerusalem, hace caminar perfectamente á un paralítico con solo el contacto de sus manos, despues de muchos años que habia gemido á las puertas de las Iglesias: unas veces saca de las fauces de la muerte con la aplicacion sola de su báculo á una

noble matrona ya desahuciada entre las violentas agitaciones de un doloroso parto: otras veces da perfecta vista á dos ciegos de nacimiento con sola la accion de cubrirles las cabezas con la manga de su hábito: ya se conduce á las márgenes del rio Oretto, y con una simple bendicion llena las redes de innumerables peces, y á los circunstantes de asombro y admiracion, del mismo modo que el Salvador lo habia hecho en el mar de Tiberiades: ya se dirige á los poblados, y con el olor de una manzana, ó dándoles á los enfermos á mascar una corteza de pan, ó con un solo sorbo de agua comun, cura las úlceras mas agangrenadas, y las calenturas mas pútridas: ya la levanta instantaneamente de la cama con solo tocarla la frente á una muger hidrópica de muchos años, despues de haber apurado en su curacion todas las fuerzas del arte.

¿Pero qué intento yo? Ni vosotros tendriais sufrimiento para escucharme, ni yo lengua para contaros los innumerables portentos con que explicó su beneficencia el bienaventurado Benito hasta los últimos momentos de su dichoso tránsito. ¿Pues qué, este Angel inocente, que al parecer disfrutaba todos los fueros de la justicia original, murió como los demas hombres? Si; pero muere como Moysés en ósculo del Señor, visitado de la Santísima Virgen, y del Niño Jesus, que no sufriendo esperas, le venian á recibir en persona para colocarle en la patria de los Santos: muere; pero su preciosa muerte no ha podido deshacer el vínculo de su benéfica caridad para con sus devotos en la tierra: id vosotros con la imaginacion á venerar las cenizas de su sepulcro; y oireis el tropel confuso de los ciegos que recuperan la vista: de mudos que recobran el habla: de sordos que adquieren el oido: de angustiados y afligidos llenos de consuelo: de

desesperados, restituidos á la razon y á la gracia: de hereges ilustrados y reconciliados á la fé, y de energúmenos, poseidos y librados de la tiranía del demonio: id en espíritu, y vereis postrados al rededor de su sagrada urna, y depuesta toda su grandeza á los Eminentísimos Cardenales Doria y Torres, á los Excelentísimos Vireyes de Sicilia, Duque de Albuquerque, y Conde de Alva, de Lister, pidiendo y alcanzando la felicidad para toda su Metrópoli y Vireynato: id allá, y admirareis suspensas delante de su sagrada tumba una armoniosa mezcla de efigies, que representan á los muertos resucitados á la vida, á los navegantes naufragos puestos en seguridad: á los precipitados de lo alto de las fábricas, sostenidos en el ayre sin peligro: una armoniosa mezcla de cepos y cadenas quebrantadas, de estoques y arcabuces despedazados, y de ligaduras deshechas: vereis que un pedazo de su cuerda grosera, un giron de su hábito roto es mas estimado que la púrpura de los Reyes, y la limadura de sus silicios es mas preciosa que los mas ricos diamantes, por la virtud sobrenatural que contienen y despiden en beneficio de todos, vereis.... ¿Pero qué no veriais en su mismo sepulcro, quando el olor de sus aromas, no pudiendo contenerse dentro de los cortos limites del Mediterráneo, ha volado sobre sus encrespadas olas hasta las regiones mas remotas de la Europa, propagándose desde las márgenes ultramarinas hasta nuestras playas Americanas?

Decidlo vosotros, habitantes del Septentrion y Meridion en los vastos paises del Perú y México: decidlo amadas Provincias de la Asuncion, Tucuman, y Rio de la Plata; pero tú en especial Buenos Ayres, capital inclita, di, si alguna vez has implorado en vano el glorioso nombre de Benito;

decid si su proteccion benéfica no ha sido siempre á la veneracion y confianza con que le habeis invocado. Decid si su sagrada Imágen no ha sido para sus queridos patriotas como aquella serpiente de metal levantada por Moysés en el desierto para bien de los Israelitas; esto es, si no ha sido salud para vuestros enfermos, remedio eficaz para todos sus males, consuelo para sus aflicciones, norte para sus dudas, y antorcha luminosa que los ha conducido por las rectas sendas de la divina Ley.

Yo estoy cierto, que si mirais imparcial el mérito de este singular Protector, confesareis reconocidos que sus manos bienhechoras han estado de tal modo abiertas para el socorro de vuestras necesidades, y su beneficencia amorosa ha sido tal para vuestros hijos, que lejos de disminuirse con sus continuas efusiones, ha tomado cada dia nuevos incrementos, y mayores progresos; y ved aquí el ultimo realce de mi proposicion, y la prueba mas terminante que voy á producir para haceros ver el empeño con que Dios ha querido glorificar y engrandecer á su fiel siervo Benito: porque á la verdad, en los fastos de la Iglesia leemos, que aunque Dios, queriendo glorificar á los demas Santos que habitan el reyno de los cielos, los ha constituido árbitros de su Omnipotencia, y depositarios de su divino poder; sin embargo, parece que el mismo Señor, pasados algunos años vá poco á poco suspendiendo y disminuyendo aquel amplísimo poder de beneficiar que habia depositado al principio en sus manos portentosas, de suerte, que á los primeros años de su dichoso tránsito ilustra sus sepulcros con una prodigiosa multitud de milagros, y con una asombrosa efusion de sus gracias; pero de allí adelante en los siglos posteriores detiene insensiblemente el primer torrente de sus dones y maravillas, y por

seguiente cesan las aclamaciones de los pueblos, se entibia el fervor, y ya no resuenan al rededor de sus tumbas, ni los suspiros de los necesitados, ni los votos y presentallas de los afligidos.

Al contrario ha sucedido con el incomparable Benito. Despues de muchos años de su dichoso tránsito, no se conoce mengua alguna en su milagroso poder; su beneficencia amorosa quanto mas distante de su primer origen, tanto mas crece y se aumenta en los favores y gracias: sus aplausos resuenan en la boca de todos los pueblos: no hay altar dedicado á su santo nombre, ni lienzo adornado con su prodigioso retrato, en quien no se vean suspender cada dia nuevos despojos de su benéfica proteccion: no se aguarda al dia de su dichosa muerte para renovar su memoria, no Señores: cada semana, todos los dias se registran gentes de ambos sexôs, que llegan en honra suya á la sagrada mesa: que hacen arder lámparas delante de su altar: que evaporan inciensos, ante su sagrada imágen: que ofrecen quotidianos sacrificios y pronuncian sus votos á los pies de su simulacro, disponiéndolo así aquel gran Señor que se propuso levantar á su fiel siervo Benito desde el polvo para sentarle entre los Grandes de su Reyno, y colocarle en el solio de su gloria. *Dominus suscitavit de pulvere egenum... ut sedeat cum Principibus.*

Así es, glorioso Santo, Dios os elevó á la cumbre de su gloria: ofreced por tanto en este dia dedicado á vuestra memoria, nuestros deseos y suspiros ante el trono del Dios de gracia y de misericordias, que galardona y corona á los justos. No hablo ni os pido por la ilustre Cofradía instituida y conservada á la sombra de vuestra proteccion: Vos sois su padre, ella es vuestra hija, y una hija digna de tal padre: el tiempo que todo lo consume, ha respetado

su fervor, y no habiendo degenerado de sí misma, la veis despues de muchos años tal, qual la visteis en los floridos dias de su establecimiento: y supuesto que el curso de los tiempos nada ha alterado en ella, tampoco habrá mudado las disposiciones paternales de vuestro corazón para con ella. Para quienes imploro vuestra intercesion es para nuestro Santísimo Padre Pio VI, y su amada grey, y en especial para nuestro católico Rey Carlos IV y su Real Familia: mira, Santo glorioso, con ojos propicios desde el cielo donde habitas á esta vasta Monarquía: ve la sobre la vida y la Religion de sus habitantes, para que en unos tiempos tan turbulentos se conserve la virtud en el trono, y la inocencia de costumbres en sus dominios. No te olvides de este devoto pueblo que espera de tu proteccion todos sus aumentos: alcanzale la paz, la union, la fé rendida, y la caridad ardiente, para que sus moradores y todos seamos conducidos á la patria celestial para alabar á Dios en tu compañía por eternidades de gloria. Amen.